

MÉXICO-TENOCHTITLAN

Metrópolis de la China

Algunos sonará increíble, si no es que absurdo. Sin embargo, es del todo cierto que un célebre cosmógrafo alemán, oriundo de Nuremberg, Johannes Schöner (1477-1547), sostuvo en 1523 que la urbe conquistada por Hernán Cortés en 1521, es decir México-Tenochtitlan, no era otra sino la gran metrópoli china de Quinsay, la “Ciudad del cielo”. Tal afirmación la difundió por escrito y en varios globos terráqueos y planisferios producidos por él entre 1523 y 1533.

Su aseveración no fue hecha al azar. Johannes Schöner tuvo acceso a varios testimonios, entre ellos a la segunda Carta de relación de Hernán Cortés y asimismo al *Libro de las maravillas del mundo*, el célebre *Millione*, del veneciano Marco Polo. Y por supuesto que Schöner estaba al corriente de lo que se había escrito a propósito de los viajes de Colón y de quienes más tarde habían marchado a esas tierras situadas por el rumbo del poniente. De ellas unos decían que eran un Nuevo Mundo, mientras otros se mantenían aún en la incertidumbre sobre si eran o no una parte de Asia.

El tema es en verdad interesante. Se refiere nada menos que a una de las más grandes ciudades del mundo en la primera mitad del siglo XVI. La misma que hoy aparece como objeto de asombro, tenida como la más populosa, extensa y contaminada, según dicen, del planeta.

Me había yo ocupado de la ciudad prehispánica y la colonia y, un poco de la moderna, esto último en el año y medio en que fui cronista de esta megalópolis. Pero, la verdad no me había enterado de que en 1523 un cosmógrafo

alemán había identificado a nuestra gran Tenochtitlan con la también muy extensa y célebre metrópoli de Quinsay, la “Ciudad del cielo”, edificada sobre un gran lago en tierras de la China. Veamos cómo fue que Schöner llegó a esta afirmación y saquemos, si es posible, alguna conclusión del fabuloso equívoco.

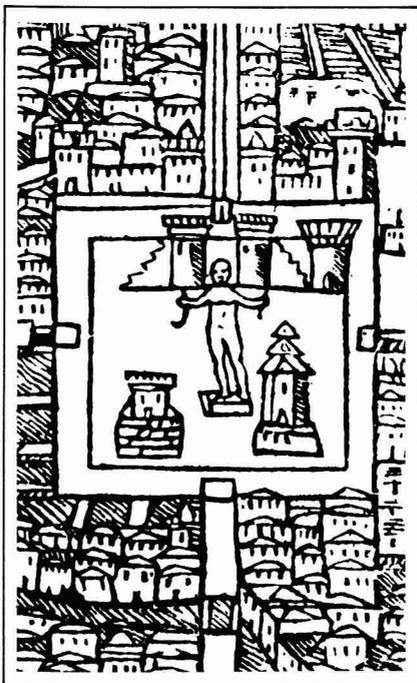
Las incertidumbres en el proceso del encuentro de dos mundos

Choque y confrontación de gentes, creencias e ideas fue el trascendental encuentro y a la vez punto de partida en la formación de una nueva imagen del mundo. En materia de geografía, nadie poseía hasta entonces una visión global del planeta. Los pueblos indígenas en las tierras que habían permanecido ocultas a los hombres del Viejo Mundo,

poseían, en algunos casos, sus propios mapas con signos jeroglíficos. Tal era el caso de los habitantes de buena parte de lo que hoy es México. Conocían ellos vastas extensiones de su *Cemanahuac*, “Todo lo que está rodeado por las aguas”. Los quechuas andinos hablaban del *Tahuantisyu*, “La tierra de los cuatro rumbos”. Los chinos, coreanos, japoneses, hindúes, árabes y otros poseían cartas geográficas de las regiones del mundo a su alcance. A su vez los europeos tenían sus mapamundis según la antigua y limitada concepción de Ptolomeo. Nuevas formas de búsqueda y exploración iban a emprender ellos a lo largo de los siglos XV y XVI.

Respecto del que se llamaría Nuevo Mundo, sobre todo los españoles, portugueses, italianos e ingleses, poco a poco y como a tientos —muchas veces con participación de los indígenas— irían conociendo el perfil del gran continente. Sabido es que el que desencadenó el proceso del encuentro, Cristóbal Colón, se mantuvo en la persuasión de haber llegado a los extremos del Asia. De ello dejó constancia en los diarios de sus cuatro viajes y también en unos mapas que, a modo de croquis, se han conservado a través de su hermano Bartolomé.

Es verdad que Colón habló asimismo de haber llegado a “un mundo, tierra y cielo nuevos”, (Colón, 1984, 264), entendiendo esto, según parece, como haber arribado a un gran conjunto de tierras antes por completo desconocidas para los europeos. La incertidumbre perduró por largo tiempo. Muchos siguieron creyendo que las Antillas y las tierras al norte de ellas eran parte del

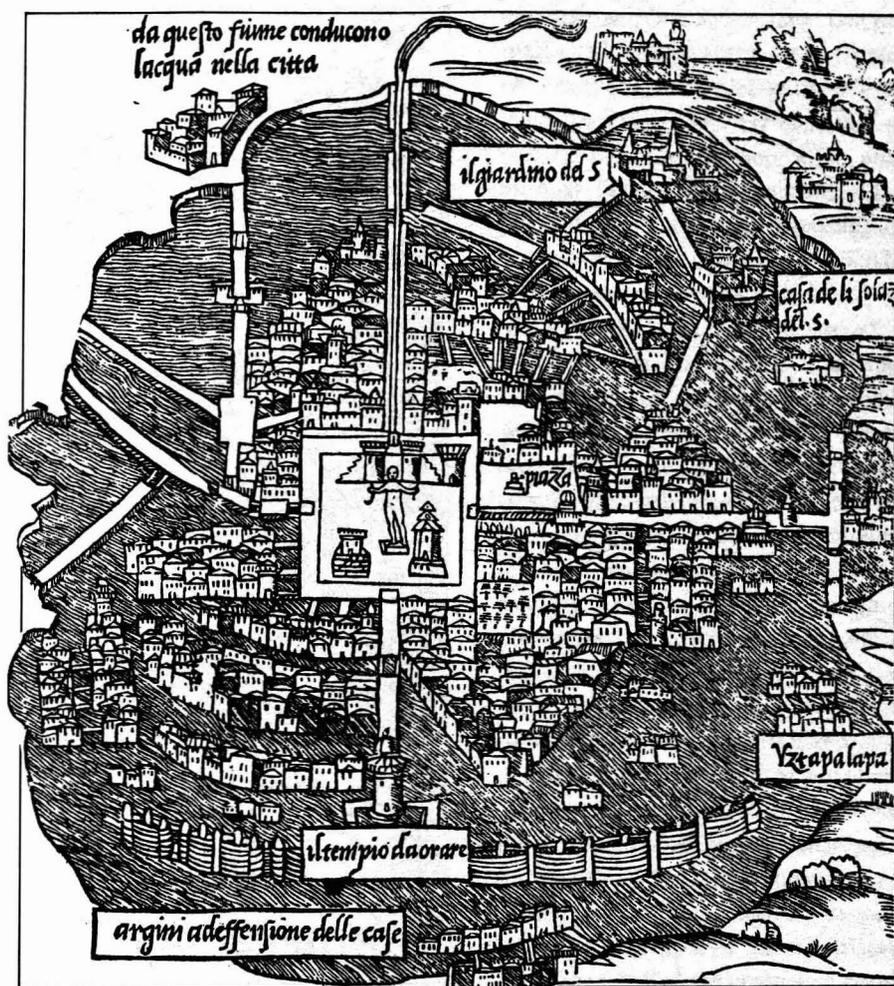


Asia. En cambio, se inclinaban a ver en la que se mostraba como una gran masa terrestre, situada al sur de las islas, un "Nuevo Mundo", es decir una realidad que ellos antes ni siquiera habían imaginado.

Los mapamundis, planisferios y esferas terrestres que se produjeron luego durante la primera mitad del siglo XVI y años siguientes, reflejan las incertidumbres. El que fue piloto de la *Santa María*, Juan de la Cosa, dibujó en 1500 un gran mapa en el que, más allá de las islas Antillanas, aparece una masa de tierra que va desde el extremo norte del mundo hasta los confines del sur. Lo que había allí planteaba grandes incógnitas.

Resulta apasionante acercarse a los mapas de cartógrafos como Alberto Cantino (1502), Nicolás Caverio (1502), Francisco Roselli (1506), Giovanni Mattheo Contarini (1506) y comprobar cómo perduran las incertidumbres que se traducen a veces en atrevidas hipótesis. Un canónigo de la ciudad de San Dié en la Lorena, Martin Waldseemüller, publicó en 1507 un opúsculo intitolado *Cosmographiae Introductio*, Introducción a la Cosmografía, precisamente a la obra de Claudio Ptolomeo. En dicha *Introductio*, inspirado en los escritos de *Americo Vesputio* acerca de un *Mundus Novus*, y en el mapamundi de Nicolás Caverio, presentó una delineación de las tierras que se iban conociendo como una "cuarta parte del mundo". A su porción meridional le adjudicó allí el nombre de América para honrar la memoria de Vesputio.

Lo elaborado por Waldseemüller lejos estuvo de poner término a las incertidumbres y discrepancias. En esencia éstas provenían de tres principales formas diferentes de interpretación. Unos, siguiendo la cautela adoptada entre otros por Cantino, Roselli y Contarini, prefirieron no precisar en sus mapas si el llamado Nuevo Mundo estaba unido con el Asia. Tal es el caso del mapamundi de Johann Ruysch (1508) y de varios más, incluyendo a Diego Ribero (1529), Battista Aguese (1542) y Sebastián Caboto (1544). De hecho la incógnita, en lo que concierne a una posible vinculación terrestre entre Asia y América en el extremo noroeste de ésta, no



se despejó sino hasta el último tercio del siglo XVIII.

Forma muy distinguida de interpretación geográfica fue la de separar por completo al Nuevo Mundo respecto del Asia. Siguiendo a Caverio y Waldseemüller, aparecen Johannes Stobnicza (1512), Schöner en sus dos primeros globos (1515 y 1520), Petrus Apianus (1520), el Visconde Mayolo (1527), Robert Thorne (1527), Simon Grineo (1532), Gerardo Mercator (1538), Johannes Honterus (1549), Michele Tramezzini (1554) y, para no alargar la lista, Sebastián Münster en sus mapamundis que, con ligeras modificaciones, se siguieron publicando hasta la segunda mitad del siglo XVI.

Hubo un buen número de cartógrafos que hizo suya una tercera forma de concepción que representaba a las tierras al oeste y norte de las Antillas integrando una unidad con el continente asiático. En esta última interpretación participaron, con algunas variantes, Franciscus Monachus (1529), Oroncio Finé (1531),

Giacomo Gastaldi (1548), Hieronymo Girava (1556), Fernando Bertelli (1565), Bolognino Zaltieri (1566) y otros de tiempos aún posteriores.

La ambivalente actitud de Johannes Schöner

Este cosmógrafo y matemático alemán construyó a lo largo de su vida varios globos terráqueos. Dos de ellos, dispuestos en 1515 y 1520, presentaban a las tierras del hemisferio antes ignorado completamente circundadas por los océanos, es decir, del todo separadas del Asia. Schöner seguía entonces las delineaciones propuestas por Caverio (1502), por Waldseemüller (1507) y Stobnicza (1512).

Ahora bien, Schöner alteró radicalmente tal representación geográfica en 1523. Influido por las noticias que obtuvo acerca del viaje de Magallanes, concluyó que "esa reciente navegación emprendida en 1519... hacia las Molucas, que algunos llaman Malucas, situa-

das en el extremo oriente, muestra que estas nuevas tierras (las del hemisferio occidental) pertenecen al continente de la India Superior, que es una parte del Asia..." (Schöner c. 1523, 10.)

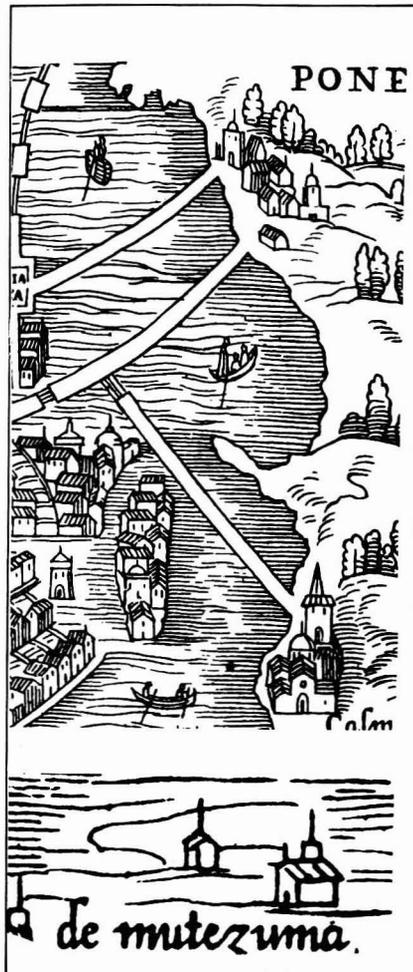
En esta interpretación del viaje de Magallanes, Schöner siguió la opinión de Maximiliano Transilvano, un secretario de Carlos V, expresada en una carta escrita en Valladolid a fines de 1522. Dirigiéndose Transilvano al cardenal de Salzburgo, informó en ella lo que sabía acerca del reciente viaje de Magallanes, dando a entender que de él podía concluirse la unión del llamado Nuevo Mundo con el Asia.

Tanto en el globo terráqueo de 1523, como en otro suyo de 1533, Schöner delinea tal unión e introduce una toponimia que coincide, por lo que toca a la parte norte de América, con varios nombres de lugar del Asia, conocidos desde que se difundió el *Libro de las maravillas* de Marco Polo. A la vez que dispuso Schöner esos globos, escribió un Tratado con el título *De Nuper sub Castiliae ac Portugaliae Regibus Serenissimis Repertis Insulis ac Regionibus...* (Acerca de las recientemente halladas islas y regiones, por orden de los reyes de Castilla y Portugal...). En dicho tratado es donde, sin dar entrada a dudas, Schöner identifica a México-Tenochtitlan con Quinsay, la "Ciudad del cielo". Veamos ya lo que escribió al respecto.

México-Temistitán en la India Superior o, mejor dicho, en Cathay, la China

Sin vacilación en este punto, Schöner expresa esto en su *Opusculum Geographicum*: "Siguiendo un largo circuito, hacia el poniente, partiendo de España, hay una tierra llamada México y Temistitán en la India Superior, que los antiguos llamaron Quinsay, es decir la Ciudad del cielo". (Schöner, c. 1523, 12.)

Para enterarnos de la ubicación que se atribuía a Quinsay podemos acudir al mapamundi de Henricus Martellus, elaborado en Nuremberg hacia 1490. En él perdura, aunque ya muy enriquecida, la imagen del mundo de Ptolomeo. Quinsay aparece en el extremo oriental del Asia, como una de las dos ciudades más grandes de la Tierra y precisamente edificada en una gran laguna.



Es probable que Schöner, oriundo de Nuremberg, donde trabajaba, conociera ese mapamundi. Además, como cosa cierta puede afirmarse que había leído al menos la parte del libro de Marco Polo en que éste habla de Quinsay, explicando que era la "Ciudad del cielo". Al describirla, señala que también se conocía con el nombre de Hang-Tcheou, que perdura hasta el presente. Marco Polo refiere que Hang-Tcheou, por otro nombre Quinsay, era la capital de Manzi o China meridional. Al describir su esplendor, entre otras cosas comenta que:

Es tan grande que tiene cien millas por circuito y posee doce mil puentes de piedra... Porque hay que saber que esta ciudad está toda construida sobre el agua que la rodea por todas partes. Conviene, por tanto, que haya tantos puentes.

Hay en ella espléndidos palacios y ricas casas que pertenecen a los nobles de la ciudad. También se con-

templán numerosos templos donde se guardan muchos ídolos, y numerosos monasterios...

Hay en ella más de tres mil baños... Los mercaderes llegan allí cargados de variados productos... Sus habitantes son excelentes hombres de guerra... Cuando les nace un hijo ponen por escrito el día y la hora de su nacimiento y bajo qué signo ha ocurrido... Cuando [más tarde] alguno quiere viajar, consulta a un astrólogo para saber si le conviene emprender el viaje o no...

Las gentes queman los cuerpos de los que mueren... El palacio del supremo gobernante de Manzi es el más grande que existe en el mundo... En su interior hay jardines muy bellos... La ciudad recibe tributos inmensos..., cuarenta veces cinco mil seiscientos pesos de oro... (Marco Polo 1988, 82-90.)

Como vamos a verlo, esta descripción de Quinsay, debida a Marco Polo, tiene notables paralelos que suenan a veces a identidades, respecto a lo que Hernán Cortés expresó acerca de México-Tenochtitlan en su segunda Carta de relación, fechada el 30 de octubre de 1520. Dicha carta se publicó muy pronto en España. Apareció en Sevilla, en la imprenta de Jacobo Cromberger, en noviembre de 1522.

Siendo posible que Schöner leyera en dicha edición española la descripción de la metrópoli que conquistó Cortés, cabe pensar asimismo que tuvo acceso a la impresión de ella en alemán. Vio ésta la luz en marzo de 1524 y precisamente en Nuremberg, donde trabajaba Schöner. Esto último mueve a afirmar que el *Tratado* donde identificó a la metrópoli mexicana con la china, haya sido escrito e impreso no en 1523, sino cerca de un par de años después.

Atendamos ya a la descripción que hizo Cortés de México-Tenochtitlan sin perder de vista la transcripción que he hecho de lo expresado por Marco Polo acerca de Quinsay:

Esta gran ciudad de Temistitán está fundada en esta laguna salada, y desde Tierra Firme hasta el cuerpo de la ciudad, por cualquier parte que



se quiera entrar, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas juntas...

Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy anchas y derechas...

Hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas y todas reacias y bien labradas... Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca...

Hay en esta ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios... y en las principales della hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas...

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra, vasallos del dicho Muteczuma,

tienen sus casas en la dicha ciudad... e además de esto hay muchos ciudadanos ricos que tienen asimismo muy buenas casas...

La gente de esta ciudad es de más manera y primor en su vestido y servicio que no la otra destas provincias y ciudades...

En todos los señoríos de estos señores tenían fuerzas hechas [guarniciones] y en ellas gente suya y sus gobernadores y cogedores del servicio y renta que de cada provincia le daban, y había cuenta y razón de lo que cada una era obligada a dar, porque tienen caracteres y figuras escritas en el papel que hacen...

Tenía [el soberano] una casa poco menos buena que ésta donde tenía un hermoso jardín... En esta casa tenía diez estanques de agua... (Cortés 1946, 31-34.)

Convergen las dos descripciones, en resumen, en los principales siguientes puntos: grandeza de la ciudad, estar

edificada sobre el agua, tener muchos puentes, grandes mercados y mercados, haber asimismo templos con ídolos y monasterios, grandes palacios, uno en especial, residencia del soberano, con hermoso jardín, casas suntuosas, así como en la riqueza de las metrópolis a las que afluyen los tributos.

Como ahora lo estamos haciendo, es muy verosímil que también Schöner comparara las dos descripciones. De otro modo no se explicaría la identificación que hizo entre Quinsay y Tenochtitlan. Y podemos entrever que tal identificación la adujo para reforzar su nueva interpretación acerca de las tierras del "Nuevo Mundo" como parte del Asia. Si México-Tenochtitlan en el llamado Nuevo Mundo era Quinsay, resultaba evidente que todo era uno y el mismo continente. Así razonó Schöner, como lo muestra el siguiente párrafo de su *Tratado*:

Las regiones que se hallan situadas más allá de la descripción de Ptolomeo no han llegado a nuestro conocimiento por medio de autoridades tan de fiar...

En el oriente, todo lo que está más allá de las Chinas, y 180° hacia el oriente, numerosas regiones fueron halladas por Marco Polo, un veneciano y otros. En nuestros días el genovés Colón y Américo Vespucio han llegado a esos litorales, después de haber navegado desde España a través del océano occidental y los han recorrido. Pensando que esa parte del mundo era una isla, la han llamado América, cuarta parte del orbe.

Pero, más recientemente, gracias a muy nuevas navegaciones realizadas en 1519 por Magallanes... hacia las Molucas, que están situadas en el extremo oriente, se ha constatado que esa tierra era el continente de la India Superior, que es parte del Asia, donde hay inmensos reinos, grandes ríos y numerosas maravillas...

Estos son los países de esas regiones: Bacalaos, así llamados por las nuevas especies de peces..., la provincia de Tamacho, Zampa, Cavul, Tanguit, Cuschin; Cathay que es Chulnana, la provincia de San Miguel; Mes-

siglo, que es la región de México en la cual la enorme ciudad en el gran lago de Temistitán es la que los antiguos llamaron Quinsay... Luego, hacia el oeste Temiscanata, Parias, Darién, Uraba, los Caníbales e innumerables otras regiones (Schöner c. 1525, xx.)

Así concluye la argumentación. Bien pudo Schöner sentirse tranquilo. En su apoyo parecían coincidir las representaciones de Quinsay y de México-Tenochtitlan en mapas de su tiempo. Ya cité el de Martellus en el que Quinsay aparece como una de las más grandes metrópolis del mundo, incluyendo la delimitación de su gran laguna. En múltiples mapas contemporáneos a Schöner, se representa a su vez a México-Tenochtitlan como una metrópoli enorme, sobre un gran lago. De hecho así se ve en el mapa que acompañó a la edición de la segunda carta de Cortés, impresa en Nuremberg en 1524. Y también, entre otros mapas, en el del anónimo conocido como "Mapa de Turín" (1523), en el que México-Tenochtitlan ocupa un lugar desmesuradamente grande, o en el debido al Conde de Mayolo (1525) en el que también destaca sobremanera la ciudad en medio del lago.

Una posible conclusión

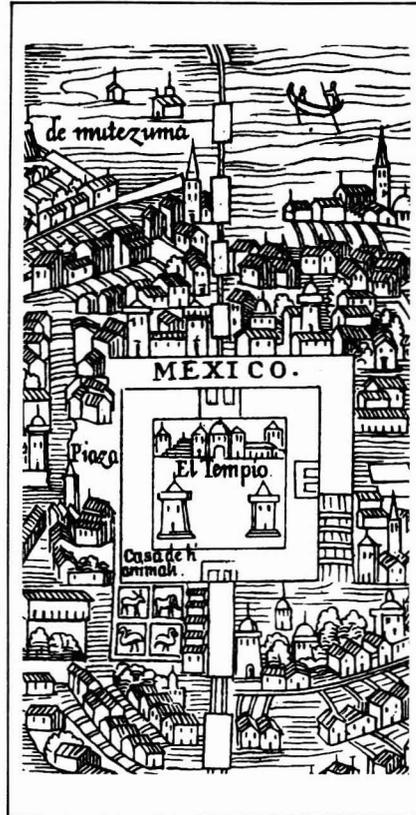
Dejo al lector discurrir sobre la lógica que llevó a Schöner a apartarse tan radicalmente de su primera interpretación del perfil geográfico del Nuevo Mundo. Es decir, aquella que, siguiendo a Caverio, Waldseemüller y otros, lo habían llevado a producir globos terráqueos en los que aparecía el continente americano aislado del Asia y circundado por los océanos. La nueva concepción implicó ciertamente un cambio tan radical que aproximó a Schöner a la creencia original de Colón.

El cosmógrafo alemán en su *Tratado* creyó estar razonando con rigor. Entre otras cosas, tomó en cuenta lo que sus predecesores no habían podido conocer: el viaje de Magallanes y las consecuencias que de él podían deducirse.

El hecho es que Schöner en su propio discurrir encontró otro muy buen argumento en los escritos de Marco Polo y

Hernán Cortés. Las descripciones que ambos hacían de una gran metrópoli erigida sobre el agua sorprendentemente coincidían: ¡la Temistitán de Cortés no era otra sino la Quinsay de Marco Polo!

Lo más interesante del caso de Schöner es que hoy, a tantos años de distancia, encontramos que, a pesar de todo, acertó en un punto, bastante significativo. Mucho debió impresionarle lo que



Cortés y otros referían sobre la magnificencia de esa México-Temistitán, representada ya como una enorme metrópoli en varios mapas recién delineados. Tratando de identificar no pudo aceptar que, siendo tan extraordinaria, hubiera permanecido por completo desconocida para los europeos.

El libro de las maravillas del mundo de Marco Polo le dio la respuesta. México-Temistitán, con su gran lago, sus templos y palacios, en una región esplendente con los rayos del sol, era la verdadera "Ciudad del cielo", o sea Quinsay.

Hoy la metrópoli china, disminuida tal vez su supuesta antigua grandeza, continúa nombrándose Hangshou, como lo muestran los mapas modernos que la sitúan muy cerca del paralelo 32

N. Por su parte México-Temistitán —la ciudad de México, en un tiempo "en la región más transparente del aire"— también ha cambiado no diremos que mucho sino radicalmente. La antigua metrópoli indígena desapareció, y sobre sus ruinas se edificó la ciudad novohispana. Ésta llegó a calificarse de "ciudad de los palacios".

Todavía en el siglo XIX y hasta mediados del XX, la ciudad de México seguía siendo, como dice un canto indígena, "lugar bueno y bello, morada de humanos". Pero, algunos años más tarde, comenzó a crecer en extensión y habitantes. Industrias innumerables se establecieron dentro de ella y en sus inmediaciones. Muchos millones de seres humanos llegaron a hacinarse en barricadas miserables y enormes. Millones de vehículos en medio de nubes de humo y de ruido que agreden, aire ennegrecido, árboles enfermos, pájaros que a veces no alcanzan a respirar, son señal alarmante de que la ciudad no es ya lugar bueno y hermoso, morada de humanos.

Si a tantos años de distancia Schöner pudiera asomarse a la que identificó con la "Ciudad del cielo", en unos cuantos minutos saldría de su error. México es hoy la metrópoli más grande del mundo, pero no la más habitable. ¿Será posible que, no ya por error, vuelva ella a ser tenida como la "Ciudad del cielo"? La conclusión o respuesta —no ya cartográfica ni histórica sino de estrategia ecológica y ético-política— es que ello depende de nosotros, los mexicanos. ◇

Referencias bibliográficas

- Colón, Cristóbal, *Textos y documentos completos*. Prólogo y Notas de Consuelo Varela, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1946.
- Polo, Marco, *Les Merveilles du Monde*. Texte integral d'après les travaux de M. G. Panthier et les manuscrits de la Bibliothèque Nationale de Paris, Chez Jean de Bonnot, Paris, 1988.
- Schöner, Johannes, c. 1523-1525, *Tractatus De Nuper Sub Castellae ac Portugaliae Regibus Serenissimis Insulis ac Regionibus Schöner Charolipotani epistola et Globus Geographicus, seriem navigationum annotantibus*, incluida en: Wiesen, Franz: *Der Verschollen Globus des Johannes Schöner von 1523*, Wien, 1888.
- c. 1525, *Opusculum Geographicum*, Norimbergae.